



por **BENJAMÍN G. ROSADO**

Cuando cumplió 14 años su padre le regaló una pistola de mango de marfil y cañón de latón. «La sostuve entre mis manos, sin saber muy bien qué hacer, como si fuera una delicada pieza de porcelana», recuerda Marina Abramovic (Belgrado, Yugoslavia, 1946). «Luego mi padre me explicó que era un arma para llevar en el bolso a la ópera». Aquella misma tarde Vojo Abramovic, un apuesto partisano que había luchado en la 13ª División Montenegro contra los alemanes, la llevó a disparar al bosque. «Apreté el gatillo varias veces, sin tener un blanco claro, pero de vuelta a casa la pistola se me cayó por accidente en la nieve y nunca la recuperaré», evoca risueña. «Así que no pude meterla en ningún bolso, ni mucho menos llevarla al teatro».

No es el olor a pólvora, sino a café recién molido, lo que le devuelve a la memoria las más tempranas reminiscencias musicales de su infancia. «La primera vez que escuché la voz de Maria Callas fue a través de la radio de la cocina de mi abuela, una mujer profundamente religiosa que me contó la historia de los santos». Su idea de convertir a la *prima donna* en protagonista de una ópera interpretada por ella misma sobre el escenario surgió en un momento especialmente convulso de su carrera. A principios de los años 90, tras el doloroso paseo por la Gran Muralla China que supuso el final de su relación con Ulay, hasta entonces su compañero artístico y sentimental, Abramovic se propuso descender, como Orfeo, a los infiernos.

«Quería conocer a los condenados de las minas de oro de Sierra Pelada, en la boca del Amazonas brasileño, uno de los lugares más peligrosos del mundo», cuenta la artista serbia. «Viajé sola con una mochila, sin cámara y tres cajas de Coca-Cola para hacer amigos y observar la muerte de cerca». Uno de los mineros, con dientes de oro, le recordó a Otelo y otro, de origen italiano, se puso a cantar arias de *La traviata* durante un descanso. «Tenía en mente una película, titulada *Cómo morir*, di-

en el Liceu de Barcelona *Las siete muertes de Maria Callas*, un «teatro de muñecas» con música de Marko Nikodijević en el que ella misma encarna los «sacrificios rituales» de Violeta Valéry, Floria Tosca, Desdemona, Cio-Cio San, Carmen, Lucia Ashton y Norma como homenaje a la mítica soprano. «Estas y otras heroínas de la ópera murieron a causa de los celos o el amor, por enfermedad u honor a la patria», enumera. «Fueron estranguladas, devoradas por las llamas, enterradas

en vida o víctimas de la tuberculosis. Lo sorprendente es que estas muertes estéticas, a diferencia de la reales, nos fascinan...».

No es la primera vez que Abramovic experimenta con el arte entre bambalinas. Hace una década, en 2012, el Teatro Real, entonces bajo el mandato de Gerard Mortier, estrenó *Vida y muerte de Marina Abramovic*, un «montaje radical», así se anunció, en el que, a través de diarios, cartas y fotografías personales, su amigo Bob Wilson, en calidad de director de escena, consiguió añadir un capítulo al ya de por sí extenso

santorial de la pionera de la *performance* y el *body art*. «Pensaba que la ópera era un hermoso dinosaurio que se revolvía contra su propia extinción, pero descubrí que, efectivamente, puede cambiar la realidad», reflexiona. «Aquella experiencia liberó algo en mí. Desde entonces sigo pensando en la muerte cada día, pero ya no le tengo miedo».

Más que una simple inspiración, Callas ha operado como una obsesión en la mente de Abramo-

## “Como Maria Callas, cada noche muero en el escenario”

El Liceu estrena el 9 de marzo 'Las siete muertes de Maria Callas', en la que la artista serbia **Marina Abramovic** conjura el dolor de la 'diva absoluta' a través de los sacrificios rituales de las grandes heroínas de la ópera

vida en siete segmentos dirigidos por Polanski, Iñárritu, Lanthimos... y con la voz de Maria Callas como hilo conductor». El proyecto resultó demasiado ambicioso y poco factible, pero acabó prendiendo la mecha para una adaptación operística.

**Teatro de muñecas.** El 9 de marzo, como anticipo a los fastos del centenario del nacimiento de la *diva assoluta* (en diciembre), Abramovic estrenará

**LAS SIETE MUERTES DE MARIA CALLAS**  
**MARINA ABRAMOVIC**  
**GRAN TEATRE DEL LICEU**  
Barcelona. Del 9 al 11 de marzo.  
Entre 15 y 263 €



**MARINA ABRAMOVIC & JAMES KAPLAN**  
**DERRIBANDO MUROS**  
Trad. de Santiago González.  
Malpaso, 2020.  
352 pp. 23,75 €

“Experimenté con la libertad absoluta”, cuenta la artista, en la imagen durante su “aparición” en el MoMA con ‘The Artist Is Present’ (2010).

“Mi cuerpo no tenía fronteras, límites; el dolor no me importaba. Nada me importaba en absoluto. Y eso me embriagaba. Ese fue el momento en

que supe que había hallado mi medio. Ninguna pintura, ningún objeto que pudiera crear podría alguna vez darme esa clase de sentimiento”

PROYECTADA EN LA  
PANTALLA, ABRAMOVIC  
INTERPRETA UNO DE LOS  
SACRIFICIOS. W. HOESL



vic durante las tres últimas décadas. Hasta el punto de recrear ella misma algunos de los posados de la sesión que le dedicó el fotógrafo Cecil Beaton a la diva. «A finales de los años 50, la cantante estaba en su plenitud, se sentía casi inmortal». Venía de debutar en el Met con una histórica *Norma* y de triunfar en La Scala, donde había exhumado a Anna Bolena a las órdenes de Visconti. «Pero entonces la invitaron a una fiesta en Venecia, donde conoció a Onassis, a quien entregó su corazón y voz», lamenta. «Para poder escapar de la espiral de soledad y autodestrucción invocó la fortaleza de algunos de sus personajes, como Norma».

**Vidas paralelas.** Fue entonces cuando Callas empezó a morir de verdad sobre los escenarios. «Yo también lo hago cada noche. Me siento muy identificada con ese dolor, salvo que en mi caso el trabajo cura mis heridas». Y luego recita una bien estudiada lista de similitudes que trasciende la mera analogía de los rasgos: «Nacimos bajo el signo de sagitario, fuimos criadas por madres ambiciosas, a las dos nos robaron la infancia, nuestras relaciones amorosas terminaron siendo tortuosas y albergamos, bajo la coraza, las mismas dosis de fragilidad y fortaleza». Lo que, por supuesto, no significa que, de haberse conocido, se hubieran llevado bien. «Reconozco que su exceso de sumisión a Onassis me saca un poco de quicio...».

También en esta ocasión, como ocurrió en las funciones de Madrid, la acompañará el actor Willem Dafoe, esta vez proyectado en una pantalla, como la sombra siniestra de Abramovic y contrapunto *performativo* a las actuaciones de siete sopranos, (Abramovic no canta): Gilda Fiume, Vanessa Goikoetxea, Benedetta Torre, Antonia Ahyoung Kim, Rinat Shaham, Leonor Bonilla y Marta Mathéu. «Willem me enseñó a ser más real que la propia vida sobre un escenario, a no interpretar, a convertirte en lo que dicta el papel», cuenta Abramovic, que hace dos años ▶

► recibió el Premio Princesa de Asturias de las Artes. «Al igual que sucede en los espectáculos de La Fura dels Baus, para mí la ópera tiene que ser radical, transgresora, intensa y peligrosa».

Maria Callas murió sola en su lujoso apartamento de la avenida Georges Mandel de París a los 53 años. El montaje, que se ha estrenado con éxito en las Óperas de Múnich y Londres, comienza por el final. «Nada más izarse el telón, vemos a la cantante encerrada en su habitación», recrea Abramovic, que aquel fatídico 16 de septiembre de 1977 venía de triunfar en la Bienal de Venecia con *Relaciones en el espacio*, junto a Ulay. «Una ráfaga de aire agita los visillos como un presagio. La cantante se levanta de la cama, contempla unas fotos e ingiere unas pastillas de la mesilla». El cuerpo de la cantante fue incinerado en el cementerio parisino de Père Lachaise y sus cenizas se esparcieron sobre el Mar Egeo. «Podría seguir viva y, sin embargo, sospecho que el mundo de hoy no le habría gustado».

**Sin drogas ni alcohol.** Los ensayos de *Seven Deaths* coinciden con la celebración de ARCOMadrid, cita en la que ha participado en anteriores ediciones. «Las ferias estaban bien al principio», reconoce sin un atisbo de resentimiento. «Todo ese desfreno de las fiestas tenía su encanto hace años, pero a mí nunca me han interesado las drogas ni el alcohol. No por nada. Simplemente, no siento nada, no las necesito. Veo cosas sin necesidad de ingerir ninguna sustancia». Lo demostró con las impactantes imágenes de levitaciones de *The Kitchen* (2009), en La Laboral de Gijón, dedicadas a Santa Teresa de Ávila. «Me molesta que algunos artistas traten de apropiarse de la memoria y el legado de una mujer que, por encima de cual-

quier otra consideración, fue religiosa y santa», se queja.

Ni una sola mención al feminismo entre las 350 páginas de sus memorias, *Derribando muros* (Malpaso, 2020), escritas por James Kaplan, autor de una biografía de Frank Sinatra. «Odio el feminismo», contaba entonces. «No creo en él, ni lo considero necesario. Todo cuanto se puede decir de una mujer está en su propio cuerpo, en sus entrañas, en su capacidad creadora y en la posibilidad de engendrar vida». Desde entonces, ni el #MeToo ni los



estragos de la pandemia han hecho mella en sus principios y creencias. «Alguien dijo que durante el confinamiento me dedicué a cultivar plantas, pero es mentira. Seguí viajando, experimentando y desarrollando proyectos sobre los problemas del planeta. ¡Hasta tengo mi propio NFT!», se jacta. De hecho, Madrid se ha convertido en uno de los destinos recurrentes de la autoproclamada reina de la *performance*. «Me encanta el carácter dramático, apasionado y desenfadado de los españoles», celebra. «Y admiro profundamente la sabiduría de Adam Lowe».

Se refiere a uno de los ideólogos y fundadores de Factum Arte, un discreto taller madrileño, perdido en el paisaje gris de un polígono industrial, que confecciona las obras más exigentes e irrealizables que luego acaban



HOMENAJE DE LA ARTISTA A MARIA CALLAS A PARTIR DEL RETRATO DE CECIL BEATON DE 1957.

en los museos, como las planchas de piedra de Maya Lin o las esculturas de cemento de Anish Kapoor. «He llamado a las puertas de Factum con ideas verdaderamente disparatadas y, varias semanas después, ya tenían la solución a lo que buscaba».

En el último tramo de entrevista, Marina Abramovic lamenta, casi se disculpa, por no haber incluido una vivencia de juventud en sus memorias. «Con 18 años viajé desde Belgrado por toda Europa gracias a un programa de la Universidad de Bel-

las Artes. Madrid era la última parada, por lo que en vez de dormir en el autobús pasamos unos días en un destartado hostel de aquella España triste del franquismo. Allí alguien nos preguntó si éramos comunistas yugoslavos y contestamos que sí, así que nos invitó a cenar a una especie de castillo a las afueras de la ciudad, ya no recuerdo de qué aristócrata, con gente que recitaba a Lenin, Stalin y Trotski entre canapés y brindis de champán.

No he podido borrar esa imagen de mi cabeza...».

Comparte la artista apellido con uno de los oligarcas rusos que financia la carnicería de Ucrania. «Lo dije en mi Instagram y lo repito ahora: esta guerra es un atentado contra la humanidad y debe acabar cuanto antes», asevera. «Nada de lo que hagamos los artistas propiciará un cambio si no hay una voluntad real de pararle los pies a Putin». Tras la última función de Barcelona, Marina Abramovic viajará a Londres para seguir preparando la gran retrospectiva que le dedicará en septiembre la Royal Academy of Arts. «Llevo años obsesionada con la muerte y los preparativos de mi funeral», dice y hace una pausa dramática. «Pero fíjese. Dentro de poco voy a tener que empezar organizar la celebración de mi 80 cumpleaños. ¡Qué contradicción!».

ABRAMOVIC, AL COMIENZO DE 'LAS SIETE MUERTES DE MARIA CALLAS'. W.H.

“Como en los montajes de La Fura, la ópera tiene que ser radical, transgresora, intensa y peligrosa”

“Maria Callas podría seguir viva hoy, con 99 años, pero algo me dice que no le habría gustado este mundo”